

tes en los hechos éticos, como por la interdependencia estrecha que guardan el pensamiento especulativo con la acción revolucionaria, que en el terreno literario sólo puede asumir la forma de guerra implacable a las argucias, hipocresías y falsedades del enemigo de clase.

Precisamente pone Trotsky al descubierto en su libro, el fondo clasista de las prédicas morales a que se dedica la pequeña burguesía intelectual en tiempos de reacción triunfante; y las manipulaciones de que se vale para hacer recaer sobre los revolucionarios perseguidos a quienes atribuye pretendidas infamias a la moral bestialidades que cometen los reaccionarios victoriosos. Es entonces cuando los filisteos de todos los matices comienzan a exhalar moral, como por un reflejo casi fisiológico cuyo objeto defensivo semi-inconsciente es asfixiar a la vanguardia revolucionaria. Nada más explicable, pues, que en la época presente sean los bolcheviques, los marxistas consecuentes y activos, las víctimas elegidas.

¿Cuál es el tema dominante en las prédicas moralizadoras de los clérigos seculares de la reacción? La atribución al bolchevismo de la pretendida regla jesuítica: "el fin justifica los medios". Trotsky emprende, por lo tanto, la tarea de desenmascarar como individuos a los tartufos pregonadores de una imaginaria moral pura y etérea; y paralelamente al de probar que a

ese mismo principio es posible reducir todas las doctrinas éticas de la burguesía, desde las de apariencia más científica hasta las de contenido disimulada o abiertamente religioso, que hacen descender la moral de Dios, por caminos más o menos ocultos. Esto le permite demostrar que en sí mismo el calumniado principio no encierra nada de inmoral. Sin embargo —advierte el autor— está lejos de agotar toda la ética. En primer término, no ofrece una respuesta para la cuestión práctica de ¿qué puede y qué no puede hacerse? En segundo, plantea un nuevo problema tan importante como el de los medios, que pretende haber resuelto, a saber: ¿y qué justifica el fin?

La impotencia hasta de los pensadores burgueses más objetivistas para construir una teoría ética verdaderamente científica, reside en su resistencia a enfocar la moral desde un ángulo dialéctico y materialista. Se niegan a reconocer —dice Trotsky— que el principal resorte de la evolución (y por tanto de su aparición) de las formaciones sociales es la lucha de clases. No abordan la moral como lo que es: una función —significado matemático del término— de esa lucha. En consecuencia, se les escapa su íntimo sentido clasista. Y no ven o no quieren ver que "la clase dominante impone a la sociedad sus fines, y la acostumbra a considerar como inmorales los medios que contradicen esos fines".

¿Es que no existen —dice Trotsky— reglas elementales de moral, elaboradas por el desarrollo de la humanidad en tanto que totalidad, y necesarias para la vida de la colectividad entera?" Sin duda que sí; pero la eficiencia de su acción es extremadamente limitada e inestable, tanto más cuanto más se agudiza la lucha de clases. La historia ofrece abundantes ejemplos de ello. He aquí por qué, con la crisis permanente que anuncia el fin del capitalismo, ha entrado en crisis toda su superestructura ideológica, la moral democrática inclusive. Y por qué también los presuntos valores inmutables de la ética han sido brutalmente invertidos en todas las naciones capitalistas, aunque de manera especial en los países conquistados por la barbarie fascista, fruto de la bancarrota de la democracia burguesa ante los problemas del imperialismo.

Sin embargo, la moral eterna y pura de fabricación burguesa, aun puede seguir prestando servicios. Trotsky demuestra de modo irrefutable que ha servido a los amigos alquilones de Stalin en el extranjero, para volverse en contra de él, apenas la burguesía "democrática" les hizo comprender que la desintegración avanzada del aparato stalinista podía facilitar la obra de los competidores fascistas. Y también para ensayar una identificación, destinada a descalificarlos por igual, entre el stalinismo traidor, asesino y rapaz, hijo bastardo de

la corrupción imperialista, y el bolchevismo de Lenin, heredero legítimo por línea recta de varón de marxismo de Engels y de Marx. Contra esa mistificación desvergonzada de la verdad en nombre de la eterna moral burguesa lanza Trotsky sus ataques más efectivos y brillantes, para ir plasmando poco a poco, en el curso de una ofensiva literaria cuya arrolladora fuerza no cede en nada a la elegancia con que se la realiza, el concepto revolucionario —o lo que equivale, materialista y dialéctico— de lo moral.

"El medio —dice Trotsky— sólo puede ser justificado por el fin; pero éste a su vez debe ser justificado. Desde el punto de vista del marxismo, que expresa los intereses históricos del proletariado, el fin está justificado si conduce al acrecentamiento del poder del hombre sobre la naturaleza y a la abolición del poder del hombre sobre el hombre". Pero, insistimos, precisa que el fin perseguido concurre realmente a la liberación de la humanidad. No es posible, naturalmente, dar recetas infalibles para la resolución de los problemas prácticos de la moral revolucionaria, que se confunde —advierte el autor— "con los problemas de la táctica y la estrategia revolucionarias". "Respuesta correcta a esos problemas —agrega— únicamente puede encontrarse en la experiencia viva del movimiento, a la luz de la teoría. El materialismo dia-